

LOS TRES PILARES DEL PUEBLO BIZANTINO

Ana Victoria
Velázquez Díaz

*Licenciatura en Historia
3^{er} semestre*

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Introducción

El presente trabajo intenta formar un panorama general del Imperio Bizantino, también conocido como el Imperio Romano de Oriente, con el propósito de identificar sus semejanzas y diferencias con respecto a su contraparte de Occidente mediante la revisión de bibliografía que corresponde a dicho tema.

Generalmente, el Imperio Romano de Occidente sobresale por muchas razones, como su modelo político y económico, así como su alabada destreza militar. En los relatos históricos, la forma en que su pragmática organización les permitió expandirse territorialmente es conocida por los estudiosos del tema. Sin embargo, fue su contraparte Oriental la que subsistió por más tiempo.

Al enfrentarnos a lo anterior, no hay que dejar atrás la idea de que si bien, el Imperio Oriental no desapareció hasta diez siglos después que su contraparte en Occidente, estos años “extra” no fueron pacíficos. Por el contrario, coexistió una “agonía mortal prolongada por diez

siglos”¹ pues los sitios de ciudades y la guerra así como la violencia e inseguridad que ésta contrae se presentaron de manera intermitente en dicho periodo. Es por lo anterior que podemos observar algunos momentos en los que los aspectos políticos, militares, económicos y sociales florecían para después dar paso a una nueva racha de crisis en todos los campos anteriores.

Nacimiento de un Imperio

La división del Imperio Romano en Oriente y Occidente ocurrió en el año 395. En este periodo coexisten los dos imperios. No obstante, existe una gran duda. Estas dos figuras de autoridad política compartían un tiempo, pero no regían sus respectivos territorios como unidades separadas: ¿cuándo se considera el inicio del Imperio Bizantino como una unidad autónoma?

Algunos ofrecen una respuesta simple: en el año 476, en el que el último emperador del Occidente, Rómulo Augústulo, dejó este título. También se ha hablado sobre finales del año 800, fecha en la que Carlomagno es coronado emperador por el papa, en Roma. A partir de entonces, nos encontramos con dos imperios de nuevo: el Sacro Imperio Romano de Occidente y el Imperio Bizantino de Oriente. Ninguno

de las respuestas podría ser aceptable, debido a que tienen como base acontecimientos ajenos al propio Imperio de Bizancio. A principios del siglo VII, y no a finales, este Imperio de Oriente tiene su proclamado nacimiento:

[...] cuando el mapa de las tierras de Levante adoptó la fisonomía que desde entonces determinaría para siempre la política de los estadistas bizantinos. El imperialismo de Justiniano resultó un sueño demasiado costoso para que el Imperio pudiera realizarlo. Mahoma había dado unidad a las tribus árabes mediante una fe común y los guerreros del desierto se desbordaron con furia irresistible sobre Palestina y Siria; hasta que fue frenada su embestida por las montañas que protegen Asia Menor. Los eslavos se habían derramado a través del Danubio y comenzaba en las provincias romanas ese proceso de cristalización en nacionalidades que finalmente constituyó los estados balcánicos de hoy.²

Para 1054 se da el Gran Cisma de Oriente, en Roma y Constantinopla. Ambos patriarcas se autoexcluyen de sus respectivas Iglesias. Los años posteriores representan un sinfín de amenazas de invasión que hacen crecer el miedo general en la capital, Constantinopla, hasta que en 1204 la ciudad es capturada por los cruzados y los gobernantes latinos sustituyen a los monarcas bizantinos. Para 1261 la ciudad es reconquistada y se sitúa en un ir y venir de conflictos internos y externos hasta su caída en 1453 por los Turcos-Otomanos.

¹ Baynes, Norman H, *El Imperio Bizantino*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 7

² *Ibid.*, p. 8



Una vez expuestos los hechos político-militares más relevantes, nos enfocaremos a partir de ahora en los aspectos que corresponden la época anterior a la caída de la capital en manos de los cruzados, principalmente en los tres asideros de los cuales la población bizantina tomó fuerza para soportar sus condiciones de vida.

“Los tres símbolos arquitectónicos para el pueblo bizantino”

Una sociedad dual

Los bizantinos vivieron en una época donde todo era aludido a la religión. Sus empeños fueron de carácter religioso, y los problemas tanto políticos como sociales tenían el ya mencionado trasfondo. Vivían en un mundo en el que lo sobrenatural era omnipresente y omnipotente. Tal y como nos lo dice Baynes:

Sus días festivos fueron fiestas religiosas; sus representaciones en el circo comenzaban con el canto de himnos litúrgicos; sus contratos comerciales llevaban como marca el signo de la cruz [...] sus guerras eran cruzadas; su emperador, el vice-gerente de Dios, y cada acontecimiento alarmante en el campo de la naturaleza un presagio especial enviado para servir de advertencia o estímulo.³

Junto a esta atmósfera extremadamente religiosa, un aura eterna de peligro convivía en la sociedad bizantina debido a los constantes sitios que sufría Constantinopla, capital del imperio. Razón por la cual, las murallas con las que contaba jugaron un papel importantísimo en su historia.

Estas murallas rodeaban toda Constantinopla para protegerla de los asaltantes tanto marítimos como terrestres. Construidas con piedra, estuvieron presentes desde la época de Constantino I, con diversas ampliaciones y modificaciones debido al crecimiento de la ciudad: “Una de estas transformaciones es la famosa doble línea de murallas Teodosias en el siglo V”.⁴

5



4 Treadgold, Warren, *Breve historia de Bizancio*, p. 138.

5 Imagen: Murallas de Estambul hoy, obtenida de: http://3.bp.blogspot.com/-od0_4Cvbw9g/TqGDTV7uBpl/AAAAAAAAAP8/TpXHxV-Re11/s1600/Walls_of_Istanbul_06090.jpg
consultada el: 14/02/2014

Al estar bien abastecidas, las murallas eran casi inexpugnables a todo ataque medieval. Fueron éstas las que permitieron salvar a la ciudad, y a todo el imperio durante los sitios de los avaros, árabes, varegos, búlgaros, entre otros.

Las murallas debían estar bien abastecidas con soldados y armamento. Si los defensores escaseaban, se hacía acopio de “la sutileza, la diplomacia y el fraude sin disfraz”.⁶ De esta forma, se intensificó la tendencia hacia el genio sin principios ya que el interés propio satisfecho sin escrúpulos es perfectamente común entre los romanos orientales, lo mismo de alto que de bajo nivel.

Además de sitios y ardidés, la sociedad bizantina estaba expuesta a un sinnúmero de tensiones, las que desembocaban en un ansia de excesos. En ellas encontramos un cierto origen a los rasgos menos admirables en el carácter de estos ciudadanos orientales. Entre ellos juegan un papel importante la violencia, la brutalidad y la crueldad.

Si bien, las características ya mencionadas son por lo general exageradas, no pueden omitirse. En cualquier motín o sublevación era frecuente encontrarse con escenarios de saqueo y asesinato, la turba tenía muy poco respeto por la vida humana. Esta idea nunca intentó eliminarse por el mismo gobierno, ya que los castigos im-

puestos estaban basados en la mutilación, fallando tremendamente la política bizantina en un proyecto de ejemplificación.

Herederos del espectáculo público

A pesar de los asedios continuos, los motines, los castigos impuestos por los propios gobernantes y el peligro en general, los ciudadanos bizantinos seguían procediendo de los antiguos romanos y, como sus antecesores, exigían que se les divirtiera. Los tres principales centros, así como los más frecuentados de la sociedad bizantina eran la Catedral, el Palacio y el Hipódromo:

...Si santa Sofía pertenecía a Dios y el palacio al emperador, el hipódromo era propiedad del pueblo. Si se hubieran cerrado los baños y el hipódromo, la vida para el bizantino hubiera perdido todo su sabor y se hubiera vuelto seca, insulsa e inútil.⁷

Siguiendo la costumbre romana, en la que cada provincia debía tener un hipódromo o anfiteatro, el de Constantinopla fue construido por Septimio Severo entre el año 193 y el 211 d.C. En este se llevaban a cabo las carreras de cuadrigas, que eran carros tirados por cuatro caballos y conducidos por un auriga. Estos equipos, llamados facciones, eran distinguidos por colores, siendo los más famosos los ver-

6 Baynes, *El Imperio Bizantino*, p. 23

7 *Ibid.*, p. 24

des y los azules, quienes a su vez estaban fuertemente enemistados entre ellos, tanto los equipos de equinos y auriga como los fanáticos de los mismos. Tal era su importancia que el antiguo ciudadano Bizantino sólo tenía dos héroes: el triunfador de una carrera de carros y el santo asceta.

El fanatismo por las carreras viene desde el esplendor del Imperio Romano. De allí procede la famosa línea *Panem et circenses* que respondía a la obsesión del antiguo romano por la distracción circense, tal y como lo menciona Friedlander:

Lo mismo daba que dominase el mundo Nerón o Marco Aurelio, que el imperio viviese paz o sacudido por las insurrecciones y la guerra civil, que los bárbaros amenazasen las fronteras o fuesen rechazados por los ejércitos romanos: lo que en Roma interesaba a todo el mundo [...] lo que agitaba las esperanzas y temores, era el saber si ganarían los verdes o los azules.⁸

En el Imperio Bizantino, mucho tiempo después, no se había cambiado este hecho, el emperador bizantino de turno veía la afrenta entre los admiradores de verdes y azules como una forma de desahogo de las masas de esta forma se: “Abría una salida para los humores malignos, que de otra manera hubieran amenazado su trono”.⁹

La carrera consistía en que cada uno de los aurigas tendría que dar siete vueltas al



hipódromo rodeando la espina, camellón situado al centro de la edificación¹⁰ para formar un pabellón de ida y vuelta que estaba adornada con obeliscos y estatuas. El escenario en el cual se desarrollaban las emocionantes carreras era un edificio alargado, cuyos lados largos son rectos mientras que los cortos son semicircular uno, y recto, un poco curvado, el otro.

Los conductores de carros aún vivían con las supersticiones paganas. Mediante encantamientos y amuletos, trataban de asegurarse la victoria y desfavorecer a su contrincante por medio de algún hechizo.

Pero el hipódromo era más que una simple pista de carreras para la sociedad

8 Friedlander, Ludwig H, “El Circo Romano”, *La Sociedad Romana*, p. 531

9 Baynes, *El Imperio Bizantino*, p. 25

10 Imagen Hipódromo; obtenida de: <http://4.bp.blogspot.com/-WbDS3EK6YL4/TkFFIWm-c1I/AAAAAAAAAbA/4f4jNWw6nKc/s1600/circo-maximo.jpg>
el: 14/02/2014

bizantina, a él asistían personas de todas las clases sociales y, olvidando las rivalidades de “los colores”, se convertía en una gran asamblea en la que el pueblo podía pedirle cuentas al emperador e incluso exigir la dimisión de algún ministro odioso o abusivo.

Conclusión

Por todo lo anterior podemos concluir que, si bien la sociedad bizantina tenía problemas con la seguridad, las amenazas continuas y los típicos problemas sociales, supo enfocar sus tensiones y frustraciones mediante una práctica política creada en el seno de la época de oro del Imperio Romano. Lo anterior como una forma de distracción para las masas, práctica que hábilmente sigue siendo realizada hasta nuestros días por los políticos actuales. Sólo así evitaron catástrofes en el seno de la propia ciudad.

Podemos afirmar que los tres centros principales para el romano Oriental dan

una síntesis general de la situación vivida en Constantinopla para este tiempo. Es decir, era una sociedad extremadamente religiosa de tal forma que esta práctica cubría todas las áreas de sus vidas, así obtenemos como primer pilar la imagen de la catedral de Santa Sofía. Como expresión del gobierno, el siguiente es el Palacio, hogar del emperador y frecuentado por la nobleza, símbolo de la legitimidad y el poder de Bizancio. Por último, tenemos el hipódromo. Sin lugar a dudas, pudo ser uno de los más importantes por lo ya mencionado; era un refugio, un lugar para deshacerse de los temores, para no prestar atención a los ejércitos apostados al otro lado de las murallas, para olvidar que esos mismos paredones mañana podrían derrumbarse a manos de las enfebrecidas tropas. Un lugar donde, como ya nos lo dijo Friedlander, lo único que importaba, era si ganaban los verdes o los azules.



Fuentes de consulta

- Baynes, Norman H, *El Imperio Bizantino*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- De Cortázar, J. Ángel, "El Imperio de Bizancio: esplendor y supervivencia", en *Historia de la edad Media*, Alianza editorial, Madrid, 1997.
- Friedlander, Ludwig H, El Circo Romano. en, *La Sociedad Romana*, Fondo de Cultura Económica, México 2006.
- Loverance, R, *Bizancio*, Madrid, AKAL, España 2000.
- Treadgold, Warren, *Breve historia de Bizancio*, Paidós, España, 2001.